



La polémica entre cristianos viejos y nuevos y su reflejo en la literatura del Siglo de Oro

por

Manuel Aguilera Serrano

Este artículo tiene su origen en un ciclo de conferencias organizado en 1998 para el claustro de mi instituto, Politécnico Jesús Marín (entonces con más de ciento veinte profesores), de Málaga, y al que fui invitado como conferenciante.

Me pareció oportuno tratar el tema de la polémica entre cristianos viejos y nuevos por su importancia social y su reflejo en la literatura española del Siglo de Oro, tema que afecta a todas las manifestaciones de la vida nacional en

aquella época. Es obvio que no pretendo en este trabajo un análisis exhaustivo del problema ni tampoco una nómina completa de todos los escritores afectados por la limpieza de sangre.

Definición de cristianos viejos y nuevos

En primer lugar, para comprender la polémica suscitada, hay que definir lo que se entendía en la época por cristiano viejo y nuevo. Cuestión que afecta más bien al sistema de castas que al estamental. Como afirma Domínguez Ortiz, en el sistema de castas «los grupos humanos están absolutamente separados, incluso en el plano biológico más hondo; late en su fondo una repulsión que ni siquiera la fortuna o la identidad de profesión religiosa puede superar, de lo que resulta una división en compartimentos estancos sancionada por la costumbre y por las leyes»¹.

España, desde el siglo XV, se caracteriza por ser una sociedad de tipo señorial-agrario que opone cierta resistencia al mercantilismo naciente, aislándose, por tanto, del resto de Europa. Esta sociedad está representada por los cristianos viejos que desprecian el espíritu de lucro, incluso de producción, con tendencia al espíritu de casta. De esta manera, se establece una aristocracia fundada en el linaje y agrupada en grande y pequeña nobleza². No extraña, por tanto, que sus principales actividades sean «guerrear, ser señor, servir a los señores, labrar la tierra, ser religioso regular o secular»³.

Estos cristianos viejos eran llamados por distintos nombres, como cristianos limpios (o limpios, a secas), cristianos rancios y cristianos lindos⁴. Se tenía como opinión generalizada que los oriundos de Vizcaya eran hidalgos limpios de sangre mora por el lugar donde sus antepasados tuvieron su cuna, ya que

¹ A. Domínguez Ortiz, *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Ed. Istmo, 1985, p. 10.

² Mauricio Molho, *Semántica y Poética*, Ed. Crítica, 1988, p. 92.

³ A. Castro, *Teresa la santa y otros ensayos*, Ed. Alfaguara, 1972, p. 15.

⁴ Albert A. Sicroff, *Los estatutos de limpieza de sangre*, Ed. Taurus, 1985, n.º 3, p. 44.

su territorio nunca fue invadido por los musulmanes. También, limpios de sangre judía por decisión real, que prohibía a los conversos del judaísmo, como a los del Islam, y a sus descendientes, residir en Vizcaya. Incluso algunos extendían la limpieza a toda la zona cantábrica, llamada la Montaña o las Montañas de León, territorio que presumía de haber sido baluarte defensivo contra la invasión árabe. De ahí que los términos 'vizcaíno', 'montañés', 'asturiano' se identificasen con cristiano viejo⁵. De esta manera, el concepto de cristiano viejo era muy utilizado en la época, al cual habría que añadir características generalizadas de arrojo, dinamismo político y escasa cultura⁶. Respecto a este último rasgo, Américo Castro, en su libro *De la Edad conflictiva*, publicó un documento en el que se refiere que los consejeros del rey-emperador Carlos V tenían que ser hijos, o por lo menos nietos, de «labriegos». Además de no saber leer, no tenían que haber desempeñado oficio o profesión⁷.

En esta sociedad de tipo señorial-agrario, eran tenidos por cristianos nuevos los descendientes de judíos y musulmanes, dedicados, principalmente los provenientes de judíos conversos, a aquellas actividades propias de la burguesía, como el comercio, la artesanía y oficios liberales. Américo Castro reproduce una cita de N. López Martínez, de su libro *Los judaizantes castellanos*, en la que se afirma que «la tradición médica judaica era tan intensa, que todavía a fines del siglo XVI la inquisición de Logroño no podía encontrar un médico cristiano viejo, y no tuvo más remedio que echar mano del converso doctor Bélez»⁸. A. Domínguez Ortiz, en *La clase social de los conversos en Castilla en la edad moderna*, manifiesta que «un judío labrador no era una cosa desconocida, pero sí una rareza [...]. En una colección de los autos celebrados en 1721-25, en la que aparecen reseñados más de un millar de judaizantes, con indicación de sus profesiones, solo hay cuatro

⁵ Marcel Bataillon, *Pícaros y picaresca*, Ed. Taurus, p. 187.

⁶ A. Castro, *Teresa la santa...*, p. 294.

⁷ A. Castro, *Teresa la santa...*, p. 266.

⁸ A. Castro, *Teresa la santa...*, p. 12.

campesinos; los demás son comerciantes, arrendatarios del tabaco y otras rentas reales, miembros de profesiones liberales (maestros, médicos, escribanos, cómicos) y artesanos»⁹.

Ante esto, no es de extrañar que Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), defina a los conversos (en la entrada 'ciudadanos') como «letrados, y los que profesan letras y artes liberales». En definitiva, existía la opinión generalizada de que el cristiano nuevo era cobarde, con afanes intelectuales, capacidad técnica, vigor expresivo, etc. Es decir, características opuestas a las del cristiano viejo¹⁰. Concretamente, los judeocristianos eran designados con distintos nombres además de cristianos nuevos y conversos, muchos de ellos con sentido despectivo, como marranos, confesos, maculados e incluso judíos. Los moriscos pertenecían también a la categoría de cristianos nuevos o cristianos nuevos de moros, comunidad que socialmente pasaba desapercibida entregada a los oficios más duros del campo¹¹.



⁹ En *Monografías Histórico-Sociales*, CSIC, 1955, vol. III, p.145 y n. 19.

¹⁰ A. Castro, *Teresa la santa...*, p. 294.

¹¹ A. Sicroff, *op. cit.*, pp. 43-4.

Conflicto de castas

Debido al mito de la religiosidad homogénea de España en la época imperial, tanto los judíos como sus descendientes los judeocristianos han estado silenciados en la historiografía española hasta que, en el siglo XIX, Amador de los Ríos puso los dedos en la llaga. Sorprende cómo se intentó borrar todo lo concerniente a lo judío. Sin embargo, se hizo patente una paradoja nacional, y así lo expresa Sicroff, investigador del tema: «Los datos que reuní para escribir el libro me impresionaron fuertemente por lo paradójico de la preocupación española respecto a los judíos y sus descendientes convertidos al cristianismo. Porque, habiendo sido España el país europeo que más luchó para purificarse de su presencia —con motines populares, bautismos forzados, exageradas investigaciones genealógicas, inquisiciones y expulsiones—, no logró otra cosa sino perpetuar lo que tanto anheló borrar, hasta el punto de sufrir la infamia de ser tenida en Europa por una nación de judíos»¹².

Una fuerte impresión recibió el profesor Antonio Domínguez Ortiz cuando entró en contacto por primera vez con documentos sobre estatutos de limpieza de sangre. Su visión de la unidad religiosa de la España Imperial se descompuso ante el contenido de esos documentos de limpieza: «Más que como fuentes históricas —afirma— me impresionaron como documentos humanos; gracias al milagro incomparable de la palabra escrita [...] revivían sentimientos y pasiones que parecían irrevocablemente muertos. Aquellos pliegos marchitos destilaban sangre y hiel; eran gritos de seres humanos que se revolvían con odio, con ira, contra el destino que les imponía un pecado de origen en el que su voluntad no había tenido parte. Para mí aquello era algo nuevo y desconocido; de acuerdo con las vagas y sucintas nociones que suelen correr en los manuales, creía que en la España Imperial, eliminados los

¹² A. Sicroff, *op. cit.*, p. 9.

judíos y moriscos, se había conseguido la perfecta unidad espiritual: “Unum ovile et unus pastor”»¹³.

Fue Américo Castro quien encauzó la investigación sobre la problemática de los conversos en la España de los siglos XV-XVII, fijando como fundamental la idea de no dar igual, en el ambiente español de aquellos siglos, ser un cristiano de origen judío que no serlo. No se puede olvidar tampoco la labor decisiva del hispanista Marcel Bataillon en la comprensión del problema de la limpieza de sangre¹⁴.

Aunque el recelo a los judíos ya se manifestaba en el concilio de Elvira (300-303 d. C.), cuando los eclesiásticos españoles trataban de proteger a los cristianos de su contaminación, hay que remontarse al siglo XIV para encontrar ese sentimiento antijudío como amenaza en la sociedad española. A los comienzos del siglo, como se comprueba en el concilio de Zamora (1313), la iglesia española, atenta a salvaguardar la pureza de la fe, todavía creía necesario repetir amonestaciones con intención de limitar las relaciones de amistad entre judíos y cristianos. Esto prueba que el sentimiento antijudío no era entonces general.

Por el contrario, hacia 1391, el ánimo del pueblo estaba tan excitado que fue fácilmente encendido por los sermones antijudíos de Ferrán Martínez (arcediano de Écija). Así, en junio de ese año, estalló en Sevilla la violencia antijudía con masacres y pillajes, propagándose con rapidez a Córdoba y después hacia el norte. A mediados de agosto, la mayoría de las provincias españolas, incluyendo la isla de Mallorca, había tomado ejemplo de las horribles escenas de Sevilla. Las masas rebeladas no tuvieron como móvil solo el celo religioso, sino también la envidia y la codicia de los bienes de las víctimas. La única salida que tenían los judíos ante la desbordada pasión popular era el agua del bautismo. De momento, no eran objeto de un sentimiento racista, ya que no era su raza la que los destacaba sino su

¹³ *La clase social de los conversos en Castilla en la edad moderna*, en *Monografías Histórico-Sociales*, p. 3

¹⁴ A. Sicroff, *op. cit.*, pp. 15 y 25.

religión. Por eso, los nuevos convertidos pronto escalaron en la sociedad cristiana de la época. El rápido avance de los conversos de Castilla y Aragón por los estamentos de la sociedad es testimoniado por Amador de los Ríos, fenómeno que contrasta con el aislamiento de los moriscos.

Curiosamente, si los cristianos nuevos, en la primera mitad del XV, encontraron inmediata acogida entre los reyes, los nobles y la jerarquía religiosa, el pueblo les mostró menos entusiasmo. Los motivos indicados son diversos: frustración sufrida por el estado llano que veía sus aspiraciones impedidas por los judeocristianos presentes en todas partes; el mecanismo de psicología colectiva que no podía cesar bruscamente. En definitiva, las masas se sentían defraudadas estando su presa al abrigo de la Iglesia, y descubrían al judío en los nuevos conversos. Este sentimiento aumentó por las circunstancias de la conversión, ya que, al ser masiva, muchos judíos aceptaron la nueva religión como urgencia, y seguían practicando en secreto la religión de sus antepasados.

Por otra parte, también pudo influir indirectamente que figuras importantes de los mismos conversos, ya por sentimiento de culpabilidad, ya por deseo de afirmarse en su propia religión o por celo cristiano, atacaran en sus escritos a sus antiguos correligionarios. Pero, quizás, el factor más importante fue la rapidez con que los nuevos cristianos ocuparon los puestos más relevantes de la sociedad cristiana. La realidad es que los conversos ascendían con bastante rapidez, lanzándose a la conquista de puestos eminentes sin un proceso de asimilación que borrara todo recuerdo judío. Francisco Márquez Villanueva comenta cómo lograron los cargos concejiles por diversos caminos, desde el mérito indiscutible hasta las más refinadas trapacerías. Los cargos eran codiciados no solo porque ofrecían la posibilidad de influir en algún poderoso concejo a favor de sus intereses, sino además porque se podían transmitir los oficios a los descendientes como si fuesen bienes patrimoniales¹⁵.

¹⁵ A. Sicroff, *op. cit.*, pp. 43-51.



Los estatutos de limpieza de sangre

Las autoridades civiles y religiosas se vieron impotentes para frenar el movimiento contra los conversos. En 1449, la sublevación anticonversa de Toledo significó el inicio de una serie de trágicos motines populares contra los cristianos de origen judío, dando origen al primer estatuto de limpieza de sangre en España. Se determinó que eran indignos de ocupar cargos, privados o públicos, tanto en la ciudad de Toledo como en todo el territorio de su jurisdicción¹⁶.

A partir de ahora, se difunden por toda España, entre las comunidades religiosas y seculares, los estatutos de limpieza de sangre. Aunque hubo acérrimos defensores de los estatutos, también, por el contrario, algunas personalidades lucharon en contra de ellos. No obstante, la realidad fue su progresiva imposición en todo el territorio nacional. Parece ser que, de todas las órdenes religiosas de España, fueron los franciscanos los primeros en dar la alarma en el siglo XV sobre el tema de los falsos conversos contaminados

¹⁶ A. Sicoff, *op. cit.*, pp. 51-2 y 55.

por la presencia de los judíos. Sin embargo, fue la orden de los Jerónimos la primera de España en adoptar un estatuto de limpieza, debido al descubrirse entre ellos conversos judaizantes. La vergüenza y el deshonor que recayeron sobre la orden hicieron inevitable la proscripción de los cristianos conversos¹⁷.

Después que, en 1480, comenzase a funcionar la inquisición, con el público espectáculo de numerosos judaizantes castigados en los autos de fe, la sospecha sobre los conversos quedó reafirmada favoreciendo la rápida extensión de los estatutos de limpieza. La proscripción no se extendió solo a las órdenes religiosas, sino también a las comunidades seculares. Curiosamente, hacia 1482, los pedreros de Toledo adoptan un estatuto contra los cristianos de ascendencia judía prohibiendo enseñarles el secreto de su oficio. Del mismo modo, los ciudadanos de Guipúzcoa impidieron a todo converso residir y casarse en su tierra. También los colegios universitarios no tardaron en utilizar los estatutos de limpieza¹⁸.

Ante los casos de prácticas judaizantes entre los conversos, se explica la expulsión de los judíos en 1492. El edicto refleja que fueron expulsados para salvaguardar la fe de los cristianos nuevos y no simplemente por odio a los judíos mismos¹⁹.

La limpieza de sangre, obsesión nacional

Cuando finalizaba el siglo XVI, la sociedad española sufría una inquietud cada vez más creciente por las consecuencias nefastas de una aplicación abusiva de los estatutos de limpieza. Las dificultades a que se enfrentaban los españoles eran las siguientes: en primer lugar, las que derivaban de la práctica de exigir una pureza de sangre tan absoluta, limpieza de sangre de tiempo inmemorial, que la mancha de una sola gota de sangre impura, incluso si se remontaba a tiempos muy alejados en el pasado, era suficiente para

¹⁷ A. Sicroff, *op. cit.*, pp. 92-103.

¹⁸ A. Sicroff, *op. cit.*, pp. 116-7.

¹⁹ A. Sicroff, *op. cit.*, p. 91.

descalificar socialmente a cualquier persona o familia; en segundo lugar, las dificultades provenientes de los abusos cometidos en las encuestas sobre la limpieza de sangre. La nobleza estaba inquieta, pues ¿quién no tenía en su ascendencia lejana alguna gota de sangre judía? Cualquier cristiano viejo tenía motivos para preocuparse, ya que en las informaciones era corriente admitir testificaciones dudosas, entre ellas testimonios de oídas, denuncias anónimas y falsos rumores. Los más linajudos de los cristianos viejos vivían ansiosos y en tensión en sus relaciones sociales. Nadie podía estar seguro de la limpieza de su sangre, ya que en cualquier momento un enemigo podía despojarle de su reputación con falsos testimonios²⁰.

El mismo monarca español, Felipe II, era consciente del problema que representaba para la estructura de la sociedad española una aplicación abusiva de los estatutos. Bajo la autoridad del inquisidor general Portocarrero, entre 1596 y 1599, se reunió una junta para estudiar los medios de atenuar los rigores de los estatutos. Fruto de ello fue la idea de limitar las investigaciones sobre la limpieza de sangre a cien años del linaje del que pretendiese calificarse como cristiano limpio. Sin embargo, el rey murió antes de que se pudiesen elaborar los detalles de esta reforma y, por lo tanto, el proyecto fue abandonado²¹.

Felipe IV, en su pragmática de 1623, intenta una reforma de los estatutos. En su conjunto, el decreto solo iba a servir para mostrar el arraigo profundo de esa preocupación por la limpieza de sangre en la sociedad española. En el curso de las informaciones, no se admitirían más, como testimonios, las acusaciones anónimas que tanto daño podían causar a sus víctimas sin darles la posibilidad de defenderse. Sin embargo, dadas las pasiones perversas que surgían en el transcurso de las probanzas, un enemigo podía demorar indefinidamente la decisión sobre la limpieza de un individuo sembrando abundantes acusaciones anónimas que habría que investigar.

²⁰ A. Sicroff, *op. cit.*, pp. 217-8.

²¹ A. Sicroff, *op. cit.*, p. 221.

La pragmática de Felipe IV proscribía más enérgicamente las compilaciones genealógicas, es decir, los llamados libros verdes o libros del becerro, que muchos particulares, curiosos y malintencionados, guardaban como arma para dispararla contra sus enemigos. A menudo, la información de estos libros estaba falsificada. Se ordenó que fueran quemados so pena de una multa de 500 ducados y de dos años de destierro. Sin duda, la disposición más importante de la pragmática de 1623 era la de los tres actos positivos. Así preveía que quien había sido sometido a tres informaciones sobre su genealogía, ante el mismo tribunal o ante tres tribunales diferentes, obteniendo un juicio favorable (acto positivo) respecto a la limpieza de su linaje, sería declarado definitivamente limpio y no sujeto a nuevas investigaciones de su ascendencia. Además, los descendientes en línea recta del ganador de los tres actos positivos podrían servirse de ellos para probar la limpieza de sangre por esa rama de su genealogía. Estos actos positivos no se podían invalidar si se descubriese más tarde que fueron ganados por error o fraude. En resumidas cuentas, la pragmática apuntaba más a proteger la fama de los ya tenidos por cristianos viejos que a resolver la problemática de los conversos²².

Se evidencia que existe una obsesión nacional por el tema cuando se comprueba que ni siquiera las reformas moderadas de la pragmática de 1623 pudieron subsistir. Parecía imposible liberar a España de su obsesión por la limpieza de sangre, a pesar de que la presencia de los judíos era solo un recuerdo y el número de españoles judaizantes, insignificante. Todo ello es indicio de que el mito de la limpieza de sangre había penetrado profundamente en la sociedad española de entonces como auténtica obsesión. De esta manera, los cristianos nuevos quedaban totalmente marginados por los estatutos de limpieza de sangre; no pudiendo aspirar a los puestos y cargos importantes, y sintiéndose discriminados como ciudadanos de segunda clase. Esta situación de marginación, a través de los estatutos, se mantuvo en

²² A. Sicroff, *op. cit.*, pp. 253-7.

España hasta el siglo XIX, cuando Isabel II los derogó por ley de 16 de mayo de 1865²³.

La literatura de los marcados

Durante los siglos XVI y XVII, ante la situación de marginación, los judeocristianos reaccionaron más que con las armas con la pluma; ya que, entre ellos, había eminentes intelectuales y escritores. Sin embargo, la respuesta armada también se produjo alguna que otra vez. Considérese cómo la revuelta en 1520 de las Comunidades de Castilla, aplastada un año más tarde en Villalar por las tropas de Carlos V, tuvo una implicación de cristianos nuevos reclamando la abolición de ciertas exenciones. Al menos, así lo expresa el bufón de Carlos V: «Se encontraron sobre el campo de batalla cantidad de muertos sin prepucio».²⁴

Sin embargo, la reacción conversa se encauzó principalmente a través de la pluma. En el campo de la literatura, la crítica a los linajudos, a los limpios, se dirigió preferentemente a través del género picaresco. Precisamente, este género nace como literatura de escritores marcados. Así lo reconocen Américo Castro y Marcel Bataillon cuando afirman que la picaresca se sumerge en la limpieza de sangre, expresando el sentir dolorido de la comunidad cristiana nueva.

Los escritores marcados oponían a la pureza de linaje de la España honrada la impureza en la ascendencia del pícaro. Era una manera de protestar manifestando su contrariedad. Por eso, Mateo Alemán, en su *Guzmán de Alfarache*, marca con la mancha la ascendencia paterna de Guzmán. El personaje es un marcado como su autor. La historia de Guzmán se desenvuelve en la ignominia. De esta manera, en su ascendencia, hay banqueros levantiscos. El padre llama la atención en misa por su sospechoso

²³ Juan Bautista Avallé-Arce, *Dintorno de una Época Dorada*, ed. Porrúa, 1978, p.15.

²⁴ M. Molho, *op. cit.*, pp. 92-3.

comportamiento. En su cautividad, reniega y se casa con una morisca; cuando vuelve a España, se delata a la inquisición.

A la marca de linaje hay que sumar la trayectoria de los pícaros. Les preocupa poco la honra, son contrarios a ella. En sus estafas, en el fondo, prevalece la carencia de honra; sus actos son más bien ignominiosos, infames. Los autores insistían de nuevo en su oposición a la honra externa, tal y como se entendía en la sociedad que les tocó vivir. La crítica cristiano nueva se realizó llevando la contraria. Así, si la sociedad pedía limpieza de sangre en el linaje, ellos oponían la impureza. Si los actos humanos debían perseguir la honra, ellos interponían la deshonor del protagonista²⁵.

Parece que, por boca del pícaro, el converso expresa su repulsa a la sociedad honrada. Lo sugiere entre otras consideraciones que hace de las vanidades de la honra:

«...¡Qué triste cosa es de sufrir tanto número de calamidades, todas asestadas o —por menos mal decir— hechas puntales para que la frágil y desventurada honra no se caiga, y el que la tiene más firme es el que vive con mayor sobresalto de reparos!». Volvía considerando sin cesar ni hartarme de decir: “¡Dichoso tú, que envuelta entre plomo y piedras, con firmes ligaduras, la sepultaste en el mar, de donde más no salga ni parezca!”»²⁶.

En los capítulos sobre las vanidades de la honra, se percibe la protesta sutil conversa a la España honrada, fundamentada en la limpieza de sangre. Es claro que Alemán apuesta por la verdadera honra, radicada en la virtud, motor de una sociedad nueva que solucione los problemas acuciantes de la época; una honra virtuosa que busque la caridad, justicia social, la erradicación de la corrupción.

Algunas veces, en el razonamiento del pícaro, se capta el tenue eco de denuncia de los marginados conversos. A lo largo del libro, se evidencia su no integración en esa sociedad que constantemente los rechaza, manifestando de

²⁵ M. Aguilera Serrano, *Géneros, sujeto narrativo y estructura cronotópica del Marcos de Obregón*, tesis doctoral, Málaga, 1995, II, pp. 585-6.

²⁶ Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Ed. Cátedra, edición de J. M.^a Micó, 1987, I, p. 295.

esta manera su intolerancia endémica y defectos: hipocresía, orgullo, corrupción... Mateo Alemán refleja en su novela la marginación, tanto la de los materialmente necesitados como la de los denigrados por ascendencia (conversos). Muchas veces, en las consideraciones del pícaro, resalta la protesta conversa de sentirse ciudadanos de segunda categoría. Y por su boca habla la marginación de la España del Siglo de Oro²⁷.

Continúa Alemán, en el siguiente texto, aludiendo a la limpieza de sangre, concretamente a la situación de los conversos, quienes intentaban por todo medio camuflar su linaje. A través del simbolismo de los colores blanco, amarillo y negro, se hace referencia a la historia de los conversos. Es decir, la limpieza de linaje y la consiguiente marginación (amarillo y negro) de una gente que también pretende en justicia su limpieza de linaje (blanco). Obsérvese cómo el sambenito, la túnica de los penitenciados en los autos de fe, era de color amarillo y negro, simbolizando, por tanto, estos colores la marginación. Considérese también cómo se hace burla sobre el concepto de cristiano viejo: «Otros hay necios de solar conocido, que como tales o que **caducan de viejos**, inhábiles ya para todo género de uso y ejercicio, notorios en edad y flaqueza, quieren desmentir las espías, contra toda verdad y razón, tiñéndose las barbas, cual si alguno ignorase que no las hay **tornasoladas**, que a cada viso hacen su color diferente y ninguna perfeta, **como los cuellos de las palomas**; y en cada pelo se hallan tres diferencias: blanco a el nacimiento, flavo en el medio y negro a la punta, **como pluma de papagayo...**»²⁸.

Unas páginas después, la extensa digresión de la creación del mundo por Júpiter viene a concluir con los engaños de los hombres. Es muy significativo que Alemán aluda simbólicamente al engaño de la sociedad del Siglo de Oro: el marginar al colectivo de los conversos. Así se puede vislumbrar, al término de la digresión, cuando en boca del pícaro afirma que «terrible cosa es y mal se sufre que los hombres quieran, a pesar del tiempo y de su desengaño, dar a

²⁷ M. Aguilera, *op. cit.*, II, pp. 588-9.

²⁸ M. Alemán, *op. cit.*, II, pp. 75-6. La negrita en palabras es mía.

entender a el contrario de la verdad, y que con tintas, emplastos y escabeches nos desmientan y hagan trampantojos, desacreditándose a sí mismos...»²⁹.

Late, según se observa en el contexto, en esa enumeración de sustancias (tintas, emplastos, escabeches) que sirven para pintar, es decir, marginar, una severa denuncia a los estatutos de limpieza y a la obsesión nacional por aferrarse a algo que no tiene consistencia³⁰.



Se pueden seleccionar más textos del *Guzmán* en los que, tras la ficción literaria, se puede oír la voz dolorida del autor. Se introducen marcas suficientes para la transposición a una segunda lectura. Valgan, a modo de ejemplo, los siguientes textos: «Ya era noche oscura y más en mi corazón. En todas las casas había encendidas luces; empero mi alma triste siempre padeció tinieblas»³¹.

²⁹ M. Alemán, *op. cit.*, II, p. 81.

³⁰ M. Aguilera, *op. cit.*, II p.591.

³¹ M. Alemán, *op. cit.*, II, p. 110.

Obsérvese a continuación cómo se sugieren el abandono y marginación del converso dentro de la comunidad cristiana. Su mancha es indeleble: «Por lo cual, **cuando de sus puertas adentro me vio**, recogió su gente y, **dejándome solo en el portal de afuera**, no había consentido que aun sólo a darme un caldero con agua saliesen fuera. **Ni tuve con qué lavarme**»³².

También, la lucha del converso por esa situación injusta: «Verdad sea que con el cuchillo de la espada raí lo que pude; mas no pude tanto que fuese de alguna consideración»³³. Del mismo modo, la persecución sufrida: «Lo que me atribulaba mucho era verme ladrado de perros; que, como agujaba tanto, me perseguían cruelmente, y en especial gozquejos, hasta llegarme a morder en las pantorrillas»³⁴.

En toda la novela, Mateo Alemán expresa la tristeza de sentirse marcado en su ascendencia. No necesariamente tuvo que sentirse marginado socialmente por su situación de converso, sino más bien era una lucha interna por la marca. Él se sentía al margen de la escala de valores de la sociedad de su época y, aunque era estimado socialmente, la marca de linaje la llevaba en su interior. De ahí que en distintos pasajes asomen su indignación y sufrimiento. Como reacción, él manifiesta las manchas de los honrados, las que realmente denigran, como la falsedad, e ironiza y se mofa³⁵.

La protesta del autor del *Lazarillo*, que inicia el género picaresco, la realiza, como se sabe, marcando con la mancha de ascendencia al pícaro. Su padre es un molinero, ladrón, y exilado del reino. Como es sabido, los moriscos tenían oficios de molineros, herreros, albéitares, caldereros, cerrajeros. Por lo tanto, parece que se apunta a la ascendencia morisca de Lázaro. La madre, que queda sola, se amanceba con un hombre moreno, albéitar por más señas, dedicado a saquear la caballeriza del señor³⁶. Lázaro alude a él con la frase «el negro de mi padraastro». Una primera lectura percibe antes que nada el

³² M. Alemán, *op. cit.*, II, p. 110. La negrita en palabras es mía.

³³ M. Alemán, *op. cit.*, II, pp. 111-2.

³⁴ M. Alemán, *op. cit.*, II, pp. 112-3.

³⁵ M. Aguilera, *op. cit.*, II, p. 596.

³⁶ M. Molho, *op. cit.*, p. 91; Claudio Guillén, *El primer Siglo de Oro*, Ed. Crítica, 1988, p. 105.

sentido literal, sin que se observe la dualidad sugerida por el «hideputa» con que se califica al hijo pequeño de la amancebada madre del Lazarillo. Se establece un contraste chistoso entre el negro, el negrito, y la madre y Lazarillo, blancos. El lector español del siglo XVI identificaría sin más tardar al morisco. El lector actual quizá necesite saber lo que el narrador le comunica a continuación, es decir, que el hombre moreno se llama el Zaide, nombre muy común de moro o morisco³⁷. Por otra parte, ¿no sería también cristiana nueva esa viuda que intimó con un negro de origen moro?³⁸.

Es razonable que el anónimo autor de la novelita fuese un converso. No solo por marcar la ascendencia del protagonista, sino también por la fuerte crítica al estamento eclesiástico. Así, al menos, piensa Lázaro Carreter, respaldando la tesis del autor converso mantenida por Américo Castro: «A estas bromas impías —afirma Lázaro Carreter—, se añade el síntoma agravante de que ni uno solo de los varios clérigos de la novela posee un mínimo rasgo de nobleza... ¿Es concebible la imprudencia de lanzar al público una imagen tan insistentemente denigratoria de las gentes de la Iglesia, sin una salvedad paliativa? Para colmo, será un arcipreste quien, a ciencia y conciencia, consume la ignominia de Lázaro. Es demasiado para que podamos pensar en un simple propósito burlesco; demasiado también para que sea plausible una intención reformista: sólo se percibe sarcasmo»³⁹.

En 1605, se publica *La Pícaro Justina*. Su autor, Francisco López de Úbeda, médico y bufón palaciego y, casi con seguridad, de origen judío. Es difícil interpretar este libro, ya que iba dirigido a un público muy concreto recordando un acontecimiento histórico con una intención burlesca. La distancia temporal ocasiona al lector de hoy bastante dificultad en comprender los chistes y símbolos burlescos continuamente utilizados por el autor, y que al lector de la época le resultaba fácil (principalmente a esa camarilla palaciega que descifraba con placer el jeroglífico burlesco del libro).

³⁷ C. Guillén, *op. cit.*, p. 90.

³⁸ C. Guillén, *op. cit.*, p. 107.

³⁹ Fernando Lázaro Carreter, '*Lazarillo de Tormes*' en *la picaresca*, ed. Ariel, 1983, p. 185.

Por esto, quizá sea *La Pícaro Justina* uno de los libros del Siglo de Oro de más difícil interpretación. Ha sido Marcel Bataillon quien ha encauzado el sentido del libro, observando cómo se da cuenta, con humor burlesco, de una visita de Felipe III a León. Efectivamente, el rey —según la crónica de la corte— acompañado de la reina, a pesar de su embarazo, realizó en febrero de 1602 un viaje a León con motivo de las prerrogativas, que tenían los reyes de Castilla y de León, de poseer una canonjía en la catedral leonesa. El rey había ido a tomar posesión de su prebenda y a ocupar un sitio en el coro de la catedral entre los canónigos leoneses.

León, en aquella época, era una ciudad pobre y muerta, poco hospitalaria en invierno, por lo que los cortesanos tendrían de aquel viaje un recuerdo nada grato. No cabe duda de que López de Úbeda había tomado también parte en esta jornada. Las burlas de la pícaro tienen como blanco no a personas, sino a monumentos, algunos de los cuales no existen ya. Ella se retira irónicamente de la colegiata románica de San Isidoro, panteón de los reyes de la dinastía leonesa, confesando que no le atraía nada aquella antigualla.

Sin embargo, le sorprende la visita a la catedral con sus torres y chapiteles, así como por sus extensas vidrieras. Para Justina, aquella iglesia es como «carroza del día del Corpus adornada de varios gallardetes y banderolas». Lo que le parece más anticuado es el pórtico, semejante a una boca desdentada. En cambio, el resto del edificio lo describe como elegante y alaba la impresión de claridad cuando se entra en él.

El autor destaca, maliciosamente, la detención en el tiempo de la ciudad de León, decayendo su prosperidad (por ejemplo, el claustro, cuyo pavimento, empezado con obras muy costosas, ha quedado sin terminar; también, la parroquia de San Marcial, el monasterio de San Marcos). Este último, de estilo plateresco, aparece caricaturizado por su estado de decadencia. El cronista hace decir a la pícaro que sus compañeros y compañeras de peregrinación —entiéndase cortesanos— se distraen en una especie de concurso de bromas acerca del carácter peculiar de San Marcos, de modo que el turista que entra en el monasterio no ve en él nada interesante, como no sea la sillería de la

iglesia. Entre las bromas, uno de ellos sugiere que el edificio, por estar tan cerca del río, deben lavarlo muy a menudo⁴⁰.

En el resto del libro, se burla de la carrera de obstáculos que origina la limpieza de sangre para conseguir los honores nobiliarios. La pícara, al volver de León, describe a unos rústicos segadores asturianos con objeto de mofarse de los honores perseguidos por los nobles; utilizando como símbolos las telas ceñidas al cuerpo y sus sombreros, se burla respectivamente de los hábitos de las órdenes militares y de los títulos.

La burla a la limpieza de linaje es constante a lo largo del libro en las numerosas alusiones de la pícara a su abolengo. Refiere de su ascendencia aquellos oficios relacionados con los placeres y juego. También los disgustos de algunos de sus ascendientes con la inquisición. Y aprovecha cualquier ocasión para insinuar que no es limpia de ascendencia, pero sin dejar de presentarse como toda una hidalga. Se burla de la hidalguía de todos los que desean lograr su mano y, después, con todo descaro, califica de hidalgo a la especie de rufián con quien se casa. Más aún, en el episodio de Rioseco, para obtener la herencia de la vieja morisca, no tiene reparos en proclamarse su nieta. Esta decisión representa justamente lo contrario de lo que ocurría entonces: ocultar la ascendencia manchada. Justina representa, en definitiva, el vivo desafío a la honra, tal como la sufría aquella España obsesionada⁴¹.

Como se observa, el género picaresco fue el campo de batalla en el que, literariamente, los cristianos nuevos plantearon la lucha contra la limpieza de sangre. No obstante, otros muchos escritores conversos, más que plantear un ataque directo, soportaron la marca con actitudes diferentes. En este sentido, se encuentran escritores que entraron en las órdenes religiosas: Fray Luis de León, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Baltasar Gracián, etc.

Es importante, para entender la obra de Fray Luis de León, considerar su marca de ascendencia. Su bisabuela, Leonor de Villanueva, junto a su hermana (Juana Rodríguez), fueron solo dos de las seis personas de la rama

⁴⁰ M. Bataillon, *op. cit.*, pp. 104-7.

⁴¹ M. Bataillon, *op. cit.*, pp. 160-1.

paterna inculpadas por el mismo delito entre 1492 y 1521. En este último año, fue denunciado otro hermano de las citadas, Fernando de Villanueva. En esta ocasión, la infamia cayó sobre la familia cuando fueron desenterrados los restos de Fernando —muerto hacía diez años— para quemarlos públicamente. En 1529, ya nacido Luis, la familia sufrió el ver penitenciado a Gómez de León, nieto de un hermano de las penitenciadas Leonor y Juana, por palabras pronunciadas contra el honor y la autoridad del Santo Oficio⁴².

De esta manera, se desmiente que el agustino no tuviera más que un «hilillo de raza», como afirma Eugenio Asensio. Coster, su biógrafo, refiere la enérgica oposición de la familia al casamiento de Inés de Varela, madre del agustino, con Lope de León, porque no quería emparentar con linaje del que tanto se había ocupado el Santo Oficio. El biógrafo sugiere que fueron los padres de Inés los instigadores del pleito, iniciado en 1529, para traer los sambenitos de Leonor de Villanueva y Juana Rodríguez de la catedral de Cuenca a Belmonte, donde residía la mayoría de sus descendientes. Al parecer, así castigaban la desobediencia de su hija y se distanciaban públicamente de la infame parentela que su casamiento les trajo.

Los enemigos de Fray Luis atacaron su hebraísmo y la actitud crítica, debida a su conocimiento del hebreo, para corregir algunas traducciones cristianas del Antiguo Testamento. Es difícil que, siendo consciente de la animadversión que existía contra él por ser converso, no se reflejara esa situación en su poesía. Así, la oda a la *Vida retirada* expresa más sus angustiosas experiencias que la afición a un tema de Horacio. Se reafirma esta opinión sobre su poesía si se observa que fue obra de juventud, perteneciendo su primera redacción a los años 1556-7, según sugiere Coster; por aquellas fechas, aún permanecería vivo el recuerdo del pleito que mantuvo su familia sobre los sambenitos de sus antepasados.

De su experiencia como converso, surgieron expresiones poéticas de huidas solitarias, dejando atrás los ruidos mundanales ocasionados por preocupaciones de honra, fama y linaje, en busca de «una pobrecilla

⁴² A. Sicroff, *op. cit.*, p. 17.

mesa de amable paz bien abastada» y de las armonías cósmicas de la creación divina. Esta huida espiritual, en su oda a la *Vida retirada*, también resuena en sus mejores obras poéticas. Recreada en nuevas formas y contenidos, reaparece en poemas dedicados a Francisco Salinas («El aire se serena...»), Felipe Ruiz («¿Cuándo será que pueda... ?») y al licenciado Grial («Recoge ya en el seno...»), a los que pueden añadirse otros como *Noche Serena* («Cuando contemplo el cielo...»), *Morada del cielo* («Alma región luciente...») y *Descanso después de la tempestad* («¡Oh ya seguro puerto...!»).

Respecto a la *Vida retirada*, se han emitido diversos juicios críticos. Valgan, como ejemplo, los siguientes. Dámaso Alonso, sobre la influencia horaciana, se expresaba con bastante reserva: «Aquí el modelo es otra vez Horacio, especialmente el *Beatus ille*, pero la imitación es mucho menos próxima. Algunas frases vienen de Horacio, y también procede de él el conjunto contenido moral [...]. La estructura de la oda es de tipo horaciano, pero no está ligada en concreto a la composición de ninguna particular oda de Horacio⁴³». El padre Ángel C. Vega es más rotundo en sus afirmaciones cuando manifiesta que «es tiempo de romper con el tópico manido de las influencias horacianas inspiradoras de esta oda maravillosa⁴⁴».

Respecto al «mundanal ruido» del que poéticamente huye Fray Luis, se puede también aceptar la opinión del padre Vega, quien identifica esta expresión con «las luchas y rivalidades de los pretendientes a cátedras, los alborotos y gritos que se promueven en los claustros universitarios por puro sectarismo y ambición». Pero al mismo tiempo, hay que considerar que esas rivalidades parecían brotar de las discordias endémicas entre cristianos viejos y nuevos⁴⁵.

Américo Castro hace un buen estudio de Teresa de Jesús y manifiesta que es significativo que comience el *Libro de la vida* con la mención de sus padres, que eran «virtuosos y temerosos de Dios». La presencia del subconsciente,

⁴³ *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, Ed. Gredos, 1962, p. 154.

⁴⁴ *Poesía de Fray Luis de León*, edición crítica, O.S.A., Madrid, 1955, p. 27.

⁴⁵ A. Sicroff, *op. cit.*, p. 22.

respecto a los problemas de linaje, se puede observar en frases como esta: «Una doncella hija de **padres muy cristianos, montañés el padre**».

También, en referencias a su vida, comenta que —en cierta ocasión—su padre le demostró excesivo afecto al no consentir que se confesara, estando muy enferma, por no causarle pena: «¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de **tan católico** padre y **tan avisado**, que lo era harto, que no fue inorancia, me pudiera hacer gran daño!». Esas expresiones referentes a su padre dibujan la figura de un cristiano nuevo⁴⁶.

Una de las salidas al conflicto de la limpieza de sangre, entre los conversos, era acogerse al auxilio divino y buscar un linaje espiritual que supliera al linaje carnal. Así, algunos cristianos nuevos buscaban en Dios lo que no les daba su sociedad: un linaje. Sus propias desdichas les servían de material de construcción para con él erigir excelsas moradas en las cuales Dios y el marcado convivirían, glorificado el uno, y libre de cadenas el otro. Por ese motivo, podía decir Teresa de Jesús que le parecía «traía el mundo debajo de los pies». Esta experiencia de sentirse, al mismo tiempo que en unión con Dios, pisando, caminando por encima de las cabezas de los maldicientes que la menoscababan a ella y a sus familiares, adquiere sentido si consideramos las palabras del converso Juan de Ávila: «Aunque el prójimo no merezca ni ser sufrido, ni amado, ni remediado», hay que darle lo que no merece, en gracia a lo hecho por Dios al morir por el hombre. Lo que este debe a Dios lo paga con su entrega al prójimo, como tal indigno de toda ayuda⁴⁷.

En la búsqueda de un linaje espiritual, se encuentra también Juan de Yepes (como fraile Juan de Santo Matía, y hoy de la Cruz). Pertenece al grupo de conversos que en Toledo llevaban ese nombre. Según José Gómez-Menor, «hay dos indicios muy fuertes de su filiación conversa: primero la condición de médico de su tío, avecindado en Gálvez, porque en la primera mitad del siglo XVI aún era de todo punto excepcional un médico de sangre no judía... Es el

⁴⁶ A. Castro, *Teresa la santa...*, pp. 20-2.

⁴⁷ A. Castro, *Teresa la santa...*, pp. 20-4.

segundo, la ostensible predilección del santo por el Antiguo Testamento⁴⁸». Poco antes de morir, dijo al prior que le encomendaba el alma: «Dígame, padre, de los Cantares, que eso no es menester». Cuando era prior en Granada, un visitante le dijo al verlo en la huerta: «Vuestra paternidad debe ser hijo de un labrador, pues tanto gusta de la huerta, que nunca le vemos por allá [dentro]». Él le respondió: «No soy tanto como eso, que hijo soy de un pobre tejedor». Como se sabe, en aquella época, labrador equivalía a cristiano viejo, mientras que tejedor era un oficio muy común entre los conversos⁴⁹.

Tanto Juan de la Cruz como Teresa de Jesús evitaban hablar de su linaje. Ambos inculcaron a sus súbditos, mezclados por igual cristianos viejos y nuevos, un respeto entre ellos sin tener en cuenta para nada el origen familiar, considerando que solo virtud es nobleza y honra verdadera.

Teresa de Jesús despreciaba esa sociedad castiza, linajuda, y no aceptaba lo «bien visto» como forma de expresarse. Usa rusticismos (an, aunque, ilesia, etc.) no por apego a los rústicos, inaguantables por su presunción de cristiandad vieja, sino para no acomodarse a lo bien visto y establecido por las «autoridades postizas», responsables del anticristiano orden impuesto a la sociedad. Se observa cómo se mostraba marginal y disconforme tanto por arriba como por abajo⁵⁰.

Ya en el siglo XVII, es interesante detenerse en Baltasar Gracián, nacido en Belmonte, aldea de la comunidad de Calatayud (reino de Aragón). Para ingresar en la Compañía de Jesús, tuvo que superar las informaciones de limpieza que se pedían. Y así «el canónigo de Nuestra Señora de la Peña, en los aldeaños de Calatayud, don Cosme Ferrer, de sesenta años, y el labrador Antonio Peligero, de ochenta, declararon que sus cuatro abuelos eran “todos gente limpia y honrada, cristianos viejos”»⁵¹. El apellido Gracián y la profesión de su padre, médico, debieron de suscitar sospechas de judaísmo; sospechas

⁴⁸ *El linaje familiar de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz*, Toledo, 1970, pp. 67-8. Citado por A. Castro, *Teresa la santa...*, pp. 25-6.

⁴⁹ José Gómez-Menor, *op. cit.*, p. 69. Cita de A. Castro, en *Teresa la santa...*, p. 26.

⁵⁰ A. Castro, *Teresa la santa...*, p. 81.

que nunca desaparecieron del todo. Al final de su vida, un enemigo suyo, jesuita también, le echa en cara: «¿Qué es lo que sabes de tus ascendientes?»⁵².

Se observa en su obra ese resentimiento personal de sentirse marcado por cuestiones de linaje. Verdaderamente le escocía la marca. El siguiente texto del *Criticón* es perfecto ejemplo de quien no se siente integrado en la sociedad de su tiempo: «La Soberbia, como primera en todo lo malo, cogió la delantera, topó con España, primera provincia de la Europa. Parecióla tan de su genio, que se perpetuó en ella, allí vive y allí reina con todos sus aliados: la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hacer del don Diego y **vengo de los godos**, el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, **alto y hueco**, la gravedad, el fausto, el brío, con todo género de presunción; y **todo esto desde el noble hasta el más plebeyo**»⁵³.

Gracián considera cómo los vicios o defectos atribuidos a otras naciones son de diferente naturaleza, dañan a quienes los tienen, pero no son esencialmente de índole psíquica y humillante para el prójimo. Fustiga a los franceses por ser codiciosos. El contraste en Francia, según afirma, se daba entre «la Miseria», «el andar desnudos y descalzos con los zapatos bajo el brazo», de una parte, y de otra una «nobleza bizarra»⁵⁴. En España, toda cuestión giraba en torno a ser o no ser hidalgo: «Allí todos los hidalgos, aunque muchos, **corren** a lo de Guadalajara»⁵⁵. Es decir, a lo falso, como «el escudero de Guadalajara, que [de] lo que dice a la noche, no hay nada a la mañana».

Toda la obra de Gracián es un diálogo con el curso torcido y enrevesado de su propia existencia. Se rebela contra la opinión mayoritaria de la sociedad de

⁵¹ Miguel Batllori y Ceferino Peralta, *Baltasar Gracián en su vida y en sus obras*, CSIC, Zaragoza, 1969, p. 8.

⁵² *El Héroe, El Político, El Discreto, Oráculo manual y Arte de prudencia*, Baltasar Gracián, Ed. Plaza Janés, 1986, *Introducción*, p. 29.

⁵³ Parte I, Crisi XIII.

⁵⁴ Parte I, Crisi XIII.

⁵⁵ *Op. cit.*, parte II, Crisi III.

su tiempo, basada fundamentalmente en aspectos de linaje. Algo que no era obsesivo en otros países europeos como en Francia, Italia o Inglaterra. En resumidas cuentas, se ofrece una visión muy negativa de España y de los españoles. El pueblo es una «acorralada necesidad» que fácilmente se alborota cuando se le habla de algo mágico y encantado, especialmente «si es tan crédulo como el de Valencia, tan bárbaro como el de Barcelona, tan necio como el de Valladolid, tan libre como el de Zaragoza, tan novelero como el de Toledo, tan insolente como el de Lisboa, tan hablador como el de Sevilla, tan sucio como el de Madrid, tan vocinglero como el de Salamanca, tan embustero como el de Córdoba y tan vil como el de Granada»⁵⁶. Fuera de esta crítica quedaron las zonas norte y oeste de España, aunque en otras ocasiones no fue más benévolo con ellas.

Obsérvese el tono irritado del siguiente texto que alude al famoso *Libro verde Aragón* (siglo XV), donde se registraba la genealogía de los cristianos nuevos: «No ser libro verde. Señal de tener gastada la fama propia es cuidar de la infamia ajena. Querrían algunos con las manchas de los otros disimular, si no lavar, las suyas; o se consuelan, que es el consuelo de los necios. Huédeles mal la boca a estos, que son los albañares de las inmundicias civiles. En estas materias, el que más escarba, más se enloda. Pocos se escapan de algún achaque original, o al derecho o al través...»⁵⁷.

Sin duda alguna, Gracián hundía la raíz de su amargura en la misma tierra que Mateo Alemán: un cristiano viejo nunca habría construido su obra sobre negaciones tan totales como insistentes. *El Guzmán de Alfarache* fue aludido y citado por Gracián con entusiasmo. En él hallaba un negativismo parecido al suyo, un mundo institucionalmente vacío de sentido, sin justicia, orden ni concierto⁵⁸. Nos hizo ver y sentir una España desgarrada, y para él nada estimable. Puso de relieve el gran conflicto entre los unos y los muchos. El panorama del vivir humano le parecía un campo de batalla.

⁵⁶ *Op. cit.*, parte II, Crisi V.

⁵⁷ *Oráculo manual y arte de la prudencia*, aforismo 125.

⁵⁸ A. Castro, *Teresa la santa...*, pp. 283-4.



La literatura de los honrados

El género picaresco, arma literaria de los escritores conversos, es adoptado por algunos escritores cristianos viejos con la misma finalidad. Metidos ya en el siglo XVII, y atendiendo al orden cronológico, hay que citar al rondeño Vicente Espinel. «No se conoce nada con total certeza —manifiesta George Haley— de los antepasados de Espinel por parte de su línea familiar paterna; sin embargo, los de la materna se hallaron entre aquellos a quienes se recompensó con tierras al concluir sus servicios a los Reyes Católicos»⁵⁹. Ante la frecuente crítica al estamento nobiliario, Espinel reaccionó literariamente —

⁵⁹ «Vicente Espinel y Marcos de Obregón: Biografía, autobiografía y novela», Introducción general a Vicente Espinel, en *Obras completas*, Málaga, I, 1994, p.32.

en su novela *Vida del escudero Marcos de Obregón* (1618) —, dignificando el estamento. Percibía en sus propias carnes ese ataque, por ser él mismo hidalgo de limpia sangre. Por eso, se sentía obligado a defender con su pluma el orden social, la estabilidad entre los estamentos. Téngase en cuenta que en el Siglo de Oro los conceptos de honor, nobleza y limpieza de sangre estaban íntimamente relacionados.

El libro se abre con una dedicatoria elogiosa «al ilustrísimo señor cardenal arzobispo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Rojas, padre de los pobres y amparo de la virtud», y se cierra con la alabanza a la duquesa de Sessa e hijo. Entre estos dos elogios, la narración está impregnada de panegíricos a importantes personalidades de la nobleza⁶⁰.

La oposición de Espinel a la crítica conversa consiste en empedrar el *Marcos de Obregón* de encomios a la nobleza principal. La simple hidalguía, cuyos defectos él también critica, es redimida por la creación del personaje Marcos, honra del oficio escuderial. Frente al escudero desprestigiado de la época, opone la digna talla del escudero Marcos. Este encierra todas las cualidades, tanto humanas como espirituales, que debe tener un escudero.

En su afán de restablecer la honra escuderial, Espinel innova la poética del género picaresco detestando de su personaje principal la mancha de ascendencia. Con esto, borra la crítica a la limpieza de sangre de la nobleza, que subyacía en la creación y consolidación del género. Marcos afirma con orgullo, en momentos decisivos, su ascendencia montañesa. Por otra parte, en oposición a la novela picaresca marcada, los actos del escudero Marcos no van a ser infames, sino al contrario. En defensa de la simple hidalguía, tan vilipendiada en la figura del escudero, Espinel crea un personaje prototipo del oficio escuderial, y le va a conceder el honor de personaje central de su obra. Precisamente, el personaje más denigrado de la época, irremediabilmente condenado al ridículo, va a recuperar en su novela la honra perdida. Para redimir al injuriado escudero, dignifica su función principal: el servicio. Marcos

⁶⁰ M. Aguilera, *op. cit.*, II, pp. 602-3.

de Obregón es modelo de cómo se debe servir a los grandes señores, a la alta nobleza⁶¹.

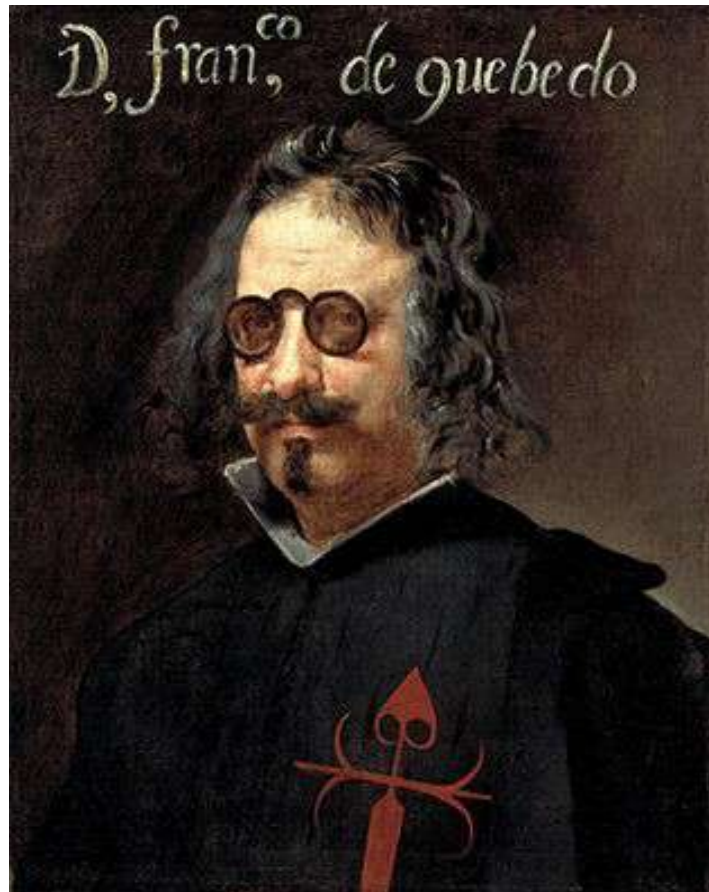
Sin embargo, esto no lo era todo. Espinel se da cuenta de que el estamento noble no llegaría a consolidarse definitivamente sin la paz social. Los estatutos de limpieza de sangre, su exagerada aplicación, estaban impidiendo el equilibrio del orden social establecido por Dios. Era necesaria la concordia social, el conformismo estamental. De ahí que Espinel, dentro de la ideología ortodoxa de la época, ponga su granito de arena para el logro de la estabilidad, que redundaría, sin lugar a dudas, en sus intereses estamentales. Para ello, ilustrando su libro con el apoyo a los moriscos, manifiesta los abusos cometidos en la aplicación de los estatutos. Sin embargo, cabe preguntarse por qué Espinel, a la hora de exponer su crítica, lo hace de lado morisco. Es posible que en ello intervinieran motivos afectivos. No se olvide la importancia del colectivo morisco en Ronda, además de ser una gente laboriosa, sufrida, dedicada —entre otras— a actividades fundamentalmente agrícolas, de la que poca crítica recibía el estamento nobiliario. Por otra parte, ¿no se sentía Espinel molesto con la fina crítica del escritor converso, como se sabe, de origen judío? Sin embargo, Espinel, a lo largo de su obra, no aborda la problemática de los estatutos de limpieza de sangre de un modo directo, exceptuando el episodio del renegado morisco. Mantiene, como es obvio, un prudente silencio. A pesar de ello, si se examina con atención la novela, se puede observar cómo el escudero se mueve, muy significativamente, en un ambiente morisco misteriosamente ocultado. No solo eso, también encarna actitudes moriscas⁶².

Por lo que se desprende del *Marcos de Obregón*, Espinel creía conveniente que se pusiese fin a los abusos originados en la aplicación de los estatutos de limpieza de sangre, como probablemente también a las pruebas de limpieza de tiempo inmemorial. Ante estas circunstancias de desestabilización social, que erosionaban el estamento nobiliario, manifiesta una política de paz

⁶¹ M. Aguilera, *op. cit.*, II, pp. 609-12.

⁶² M. Aguilera, *op. cit.*, II, pp. 617-8.

equilibradora. Así, se opone tanto a la crítica del mercado contra el estamento nobiliario, representada en la picaresca por el escritor converso, como a la de los cristianos viejos, que hunde al cristiano nuevo (identificado en su obra con el morisco) en la marginación social más absoluta⁶³.



Pasando a Quevedo, uno de los grandes escritores del XVII, hay que considerar ante todo su visión del problema de la limpieza de sangre desde su visión de cristiano viejo intolerante. Reaccionó de manera muy distinta a Vicente Espinel. Fue ante todo un hombre de buen linaje, perteneciendo a una excelente hidalguía oriunda de la Montaña. Pedro Gómez de Quevedo, su padre, sirvió a la reina, casándose en 1576 con una dama de Su Majestad. Don Francisco era el tercer hijo del matrimonio. El mayor, un varón, murió en la

⁶³ M. Aguilera, *op. cit.*, II, pp. 627-8.

mocedad; después nació una hija, que no vivirá más de unos pocos meses. Quevedo nació, pues, segundón. Su infancia fue la de un hombre que no puede pretender el mayorazgo. A los seis años, muere el padre, y a los catorce pierde al hermano mayor. Ahora ya heredero del nombre y de los bienes, modesto acomodado, pero no mucho más. En cuanto al nombre y linaje, no era título. Por su hidalguía que le confiere estatuto, forma parte integrante de la aristocracia; pero no deja de ser el tipo perfecto de la mediana sangre. Sin embargo, consintió enormes sacrificios para elevarse en el grupo social del que siempre se sintió solidario. En una obrilla de juventud, trazaba de sí mismo un retrato patético y grotesco, en el que, a través del sarcasmo y de la agudeza, se denuncia la insatisfacción de ser de la pasta de la que se hacen los señores, pero sin tener por ello el menor señorío: «Don Francisco de Quevedo y Villegas, hijo de sus obras, padrastro de las ajenas, hombre de bien, nacido para el mal, hijodalgo pero no señor...»⁶⁴.

Representante de las capas inferiores de la nobleza, Quevedo multiplicó esfuerzos para fortalecer y acrecentar su posición: actividad política y diplomática en Italia, alianza con el duque de Osuna, relación con el duque de Uceda y el conde duque de Olivares. Una vida ajetreada con desgracias, exilios, prisiones...Todas estas consideraciones han de tenerse en cuenta al leer el *Buscón*, obra muy bien estudiada por Mauricio Molho⁶⁵.

Durante más de veinte años, circuló en copias manuscritas, autorizadas o no por Quevedo, hasta que en 1626 un impresor indiscreto dio a luz una edición. La obra pasaba de mano en mano: manos selectas, las de los mejores de la corte. De esas copias el azar nos ha conservado tres, pero debieron ser más numerosas. Circularon por las academias, donde se reunían lo mejor de la nobleza e intelectualidad. Se trata, pues, de una literatura cenacular, que requiere la constitución de señas y contraseñas; es decir, de uno o varios lenguajes por los que el cenáculo identifica a sus miembros. Los conceptos, agudezas y chistes testifican que la escritura del libro no es sino un lenguaje

⁶⁴ *Carta a la rectora del colegio de las Vírgenes.*

⁶⁵ *Op. cit.*, pp. 97-9.

lúdico, codificado y descifrable, destinado a funcionar como vehículo semiológico de una conciencia de grupo. Es decir, el estamento nobiliario de la España de Felipe III⁶⁶.

El pícaro Pablos de Segovia es un monstruoso prototipo de la ignominia, destinado a no emerger jamás de la miseria. Se presenta ya, en el primer capítulo, como hijo de un barbero ladrón y de una alcahueta hechicera. Pasará a América en busca de una mejor suerte, que su bajeza moral le prohíbe esperar. Se adopta, por tanto, la tesis determinista del linaje. Su nacimiento innoble le condena de antemano al fracaso, tanto más doloroso cuanto que desde la infancia tiene plena conciencia de su radical ignominia: sus pensamientos de caballero, de aventura en aventura, le inducen a querer salirse de su estado para beneficiarse por impostura de una consideración a la que no tiene ningún derecho. Pícaro ha nacido, y pícaro ha de morir: no basta mudar mundo y tierra para mudar estado. La separación es rigurosa entre honor y antihonor, nobleza e ignominia.

En el libro no solo se condena toda sangre impura, sino que es también una invectiva contra la pretensión de salirse del estamento social. Es decir, se denuncia el vértigo ascensional que en la España de los Austrias ha llevado a mucha gente de linaje innoble a pugnar por elevarse en una jerarquía nobiliaria en la que no tiene derecho a penetrar⁶⁷. Como se observa, Quevedo reelabora la picaresca, haciendo que la crítica conversa de marcar el género para llevar la contraria se vuelva en contra de los marcados. Es decir, el arma arrojada de los conversos se desvía contra ellos mismos en el *Buscón*.

En otro apartado de su obra, Quevedo arremetió contra la limpieza de sangre de Góngora, siguiéndolo también Lope de Vega. Sobre la supuesta ascendencia del poeta cordobés de cristianos nuevos, no hay certeza. Sin embargo, esa postura de solitario es indiscutiblemente la que impulsa y, en cierto modo, determina sus grandes poemas. No es extraño que una de las repetidas ofensas que le dirigieron sus principales enemigos fuese la tacha de

⁶⁶ M. Molho, *op. cit.*, p. 97.

⁶⁷ M. Molho, *op. cit.*, pp. 100-2.

judaizante. Conocido es el soneto de Quevedo: «Yo te untaré mis versos con tocino / porque no me los muerdas, Gongorilla». Y también su réplica a un soneto de don Luis en un romance: «cristiano viejo no eres / porque aún no te vemos cano».

Sobre la ascendencia judía de Góngora, parece ser que, con motivo de la información de limpieza de sangre de su tío don Francisco, enemigos de la familia sacaron a relucir habladurías sobre el origen de la abuela del poeta, doña Ana González de Falces. Como decía un canónigo, testigo en dicha información de limpieza, había «un **rum rum** de no ser limpio de converso». Aunque fuesen falsas las acusaciones sobre su origen converso, algo profundo de su psicología respondió a esa condición. Hizo frente a esos ataques de sus enemigos literarios, no negando, sino atacando por otros flancos⁶⁸.

Finalmente, la literatura del Siglo de Oro, desde el campo de los cristianos viejos, refleja continuamente la limpieza de sangre, la nobleza y el honor (conceptos de estrecha relación). Hay numerosas burlas y donaires inspirados por los defectos que se atribuían a los cristianos nuevos, tales como su aversión por la carne de cerdo, su negativa a admitir que Cristo era el Mesías, su temor a la inquisición, etc.

Edward Glaser recoge numerosas citas, anécdotas, textos, que muestran cómo se burlaban de ellos en la literatura española. Así, del escritor Manuel Freyle de Andrade, se alude al personaje del gracioso que, meditando sobre la vida del marinero, manifiesta que la pequeña ración de tocino que se entrega a la tripulación es una afrenta a su sangre de cristiano viejo, como si fueran conversos que solo comen la cantidad mínima de tocino para convencer a los demás que no les repugna la carne de cerdo⁶⁹.

Se cita también al escribano que, al hacer un inventario de bienes muebles en casa de un cristiano nuevo, se niega a incluir «dos tozinos» —entiéndase jamones— porque en casa del converso son bienes raíces que se guardan

⁶⁸ *Introducción a Góngora*, Emilio Orozco, Ed. Crítica, 1984, pp. 150-1.

⁶⁹ «Referencias antisemitas en la literatura peninsular de la Edad de Oro», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1954 (enero-marzo), año 8, n.º 1, p. 52.

para desplegarlos sin comerlos jamás, y de esta manera se encubre el origen judío⁷⁰. No faltan las referencias al Mesías: «La ecuación “esperar la venida del Mesías”= “ser judío” [...] alcanzó difusión considerable»⁷¹. Ni tampoco las pullas literarias contra las imperfecciones corporales, concretamente contra la forma peculiar de la nariz. Viene a la memoria el conocido poema de Quevedo «Érase un hombre a una nariz pegado...» o, del mismo, el soneto que a continuación se reproduce.

A modo de muestra, y como fin de este trabajo, se seleccionan algunos textos literarios de clara intención antisemita:

QUEVEDO

Yo te **untaré** mis obras **con tocino**,
 porque no me las muerdas, Gongorilla,
 perro de los ingenios de Castilla,
 docto en pullas, cual mozo de camino.

Apenas hombre, sacerdote indino,
 que aprendiste sin christus la cartilla;
 chocarrero de Córdoba y Sevilla,
 y en la Corte bufón a lo divino.
 ¿Por qué censuras tú la lengua griega
 siendo sólo **rabí de la judía**,

⁷⁰ *Art. cit.*, p. 51.

⁷¹ *Art. cit.*, p. 56.

cosa que **tu nariz** aun no lo niega?

No escribas versos más, por vida mía;
aunque aquesto de **escribas** se te pega,
por tener de **sayón** la rebeldía.



QUEVEDO

(*Décimas*)

En lo sucio que has cantado
y en lo **largo de narices**,
demás de que tú lo dices,
que **no eres limpio** has mostrado.
Eres hombre apasionado;
y por saber que es corona

la **Pasión** en tu persona,
es punto más necesario
que esté en el monte **Calvario**
puesta de hoy más tu Helicon.

Traducir un hombre al rey
de francés en castellano,

mandándolo por su mano,
es justo, y por justa ley;
mas no [a] la plebeya grey
ni al rey por dinero ruego,
como tu pariente ciego;
y no hagas desto donaire;
que mi culpa es cosa de aire,
pero la tuya, **de fuego**.

Por muy pequeña ocasión
sé que en perseguirme has dado:
**de aquellos lo has heredado
que inventaron la Pasión.**

Satírico no es razón
ser un hombre principal
que tiene sangre real;
yo lo sé: que **tus pasados**
fueron todos **salpicados**
con la de un Rey Celestial.

Dirás: «Yo soy Racionero
en Córdoba de su iglesia»;
pues no es maravilla efesia
comprallo por el dinero.

Longinos fue caballero,

y Longinos fue judío;
de tu probanza me río;
al deán engañado has;
mas podrá volver atrás,
que no es el cabildo río.

Pues no fueron declinados
ni por «sermo» ni por «templo»
tus deudos, que, para ejemplo,
del Templo fueron echados,
quítate de esos cuidados,
que decir mal es mal trato;
no seas a [tu] vida ingrato;
guárdate tras esta salva,
no te muerda **el perro de Alba**
o te arañe el rostro un gato.



QUEVEDO

(A un clérigo)

Adoro, aunque te pese, **galileo**,
el pan que muerden tus rabiosos dientes;
adoro al que, en mortaja de accidentes,
vivo **en la muerte que le diste** veo.

Adoro a Cristo y sus preceptos creo,
aunque de enojo y cólera revientes;
espérenle, si quieren, **tus parientes**,
que yo en el sacramento le poseo.

Mas ya que en muerte ignominiosa y fiera,
tus padres le abrieron el camino,
no le persigas en el pan siquiera;

pues en tu boca, a lo que yo imagino,
no le tomaras nunca si él hubiera,
no quedándose en pan, **sino en tocino.**



QUEVEDO

(A un tabernero)

Este que veis hinchado como cuero,
descansando la mano en un bufete,
tan crespo de copete,
siendo indigno botero,
hizo en Granada de vestir al vino,
y fue su ejecutoria
salvoconducto de cualquier cochino.

Es imposible hacerse pepitoria
de su honor, de su hacienda y su nobleza,
por no tener jamás pies ni cabeza.

Su padre, por dejalle posesiones,
se fue donde no alcanza
el poder de las cuentas de perdones.

A gastos de su panza
luego aplicó sus mandas y obras pías.
Olvidaron los días

de su oficio a la gente;

compró más de un pariente;
pretendió, en el dinero confiado,
traer a **Santiago sobre el pecho**,
muy encaballado,
y no le fue el dinero de provecho;
que en tan nueva quimera
parecieran alforjas si trujera
a Santiago al pecho, y a la espalda
San Benito amarillo, como gualda;
y anduviera el Apóstol caballero
a un tiempo con bordón y bordonero.

Retratóse con calza y gorra y bota,
reventando de gala,
y mandóse colgar en esta sala,
siendo alhaja debida a la picota.



QUEVEDO

(Letrilla satírica)

El que si ayer se muriera
misas no podía mandar,
hoy, a fuerza del hurtar,
mandar todo el mundo espera.
Y el que quitaba a cualquiera
el sombrero de mil modos,

hoy quita la capa a todos,
desvanecido en la altura.
Pícaros hay con ventura

de los que conozco yo,
y pícaros hay que no.

Yo he visto en breve intervalo
más de alguna señoría
que el mando y palo tenía,
y ya tiene sólo el palo.
Yo la vi con gran regalo,
y sobre silla en dosel;
ya veo la silla sobre él,
castigando su locura.

Pícaros hay con ventura
de los que conozco yo,
y pícaros hay que no.
Alguno vi que subía,
que no alcanzaba anteayer
ramo de quien descender,
sino el de su picardía.

**Y he visto sangre judía
hacerla el mucho caudal
(como papagayo real)
clara ya su vena oscura.**

Pícaros hay con ventura
de los que conozco yo,
y pícaros hay que no.

[...]



QUEVEDO

(A Faetón, epitafio)

Yace Faetón en esta tierra fría,
el que en vez de probar con noble celo
que del Sol descendía,
probó, cayendo, descender del cielo.

No lo[s] pises ni ultrajes,
caminante, sus huesos sepultados,
pues más de cuatro prueban sus linajes,
por imitalle, con morir quemados.



QUEVEDO

(A un cristiano nuevo, junto al altar de San Antón)

Aquí yace Mosén Diego,
a Santo Antón tan vecino,
que, huyendo de su **cochino,**
vino a parar en su fuego.



LOPE DE VEGA

PASCUALA

Tienes, Laurencia, razón;
que en dejando de querer,
más ingratos suelen ser
que al villano el gorrión.
En el invierno, que el frío
tiene los campos helados,
descienden de los tejados,
diciéndole «tío, tío»,
hasta llegar a comer
las migajas de la mesa;
mas luego que el frío cesa,
y el campo ven florecer,
no bajan diciendo «tío»,
del beneficio olvidados,
mas saltando en los tejados,
dicen: «Judío, judío».
Pues tales los hombres son:
cuando nos han menester
somos su vida, su ser,
su alma, su corazón;

pero, pasadas las ascuas,
las tías somos **judías**,
y en vez de llamarnos tías,
anda el nombre de las **pascuas**.

(Fuente Ovejuna)



ANÓNIMO

(Coplas del provincial)

[...]

A ti, fray Diego Arias, puto
que **eres y fuiste judío**,
contigo no me disputo,

que tienes gran señorío;
águila, castillo y cruz
dime de donde te viene,
pues que **tu pija capuz**
nunca le tuvo ni tiene.

[...]



SALAS BARBADILLO

Cuéntame, **Samuel**, que ayer
estuviste a visitarme,
y cansado de esperarme
te fuiste al anochecer.

Mucho fue sin negociar
irte y vencer tu deseo.

**¿Quién creyera que un hebreo
se cansara de esperar?**

(El caballero puntual)



LOPE DE VEGA

MACHADO

Bien sé yo los que se quedan.

¡Vive Cristo! **Si tostados**

a lento fuego estuvieran

ciertos hombres que sé yo,
que tienen su **descendencia**
de las montañas, no digo
de Asturias, ¡ni Dios lo quiera!
que allá les dieron principio
las montañas de Judea,
que nunca hubieran llegado
los de Holanda donde llegan.
Advierte que te han vendido.

(El Brasil restituido)



JOSÉ TAFALLA NEGRETE

Señor, por muchas razones
sé que de vuestras **narizes**
pudieran ser aprendizes
más de **docientos sayones**;
no son imaginaciones

mías, ni nadie desea
daros matraca tan fea,
cosa es conocida y clara
que **traéis en esa cara**
el pueblo de Galilea.

(Ramillete poético)



LOPE DE VEGA

REY No es de villano este aliento.

MANRIQUE No es de un rústico este brío.

(Dentro, NUÑO)

NUÑO ¿Quién alborota mi casa?

TRONERA Señor, **si no eres judío,**
no esperes, que los villanos
vienen con chuzos y picos.

(Ya anda la de Mazagatos)



EL AUTOR:

Manuel Aguilera Serrano (Priego de Córdoba, 1948). Es licenciado en Filología Románica por la Universidad de Granada y doctor en Filología Hispánica por la de Málaga. Catedrático de Secundaria en Málaga, donde vive, de Lengua Castellana y Literatura hasta 2008, en que pasa a Clases Pasivas.

Ha escrito, entre otros artículos, *El comisario Cervantes en Santaella* (Revista de Santaella, Córdoba, 1996); *Hacia un equilibrio ortográfico, a través de Educación Compensatoria, de la población marginada en los barrios periféricos urbanos* (1987); *Los elementos narrativos en 'Réquiem por un campesino español'* (Analecta Malacitana, volumen XIII, 1990); los poemarios *Entre luces, sombras y ecos de ausencias* (Ed. Vértice), *Calle de la mar sin número* (Ediciones Vitruvio), *Notas de arpa en vuelo* (Imprenta Cervantina – Perea Ediciones), ganador del II Concurso Internacional de Poesía Jorge Manrique y Vinos de Uclés, *Los rostros de Ítaca*

(Ediciones Rilke). Como conferenciante, *La polémica entre cristianos viejos y nuevos en la literatura de los siglos XVI y XVII*.

✉ manuaguise [at] gmail [dot] com <http://manuaguise.blogspot.com>



Ilustraciones (orden de arriba hacia abajo): Xilografía tallada por Johann von Armsheim (1483). Retrata una disputa entre eruditos cristianos y judíos. En [Wikimedia Commons](#) (dominio público) | *Traje de casa de las mujeres moriscas de Granada*, [Christoph Weiditz](#), Public domain, via Wikimedia Commons | *Matanza de judíos llevada a cabo en la Edad Media en la ciudad de Toledo*, Vicente Cutanda Toraya, Public domain, via Wikimedia Commons | *Retrato de Mateo Alemán*, Pedro Perret (1555- h. 1625)., Public domain, via Wikimedia Commons | *Vicente espinel*, de la modificación: Escarlati. (Adobe Photoshop)., Public domain, via Wikimedia Commons | *Quevedo (copia de Velázquez)*, attributed to Juan van der Hamen, Public domain, via Wikimedia Commons

Margen Cero

Artículo publicado en el n.º **115** de la Revista *Almiar* (marzo-abril de **2021**)

© Algunos derechos reservados · [Aviso legal](#) · [Contactar con la redacción](#)